



editorial**fo**c

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en info@editorialfoc.me.

ISBN: 978-84-15634-11-9

© Inocencio Javier Hernández Pérez, 2013

© Editorial Foc S.L, 2013

Diseño de Cubierta: Cisco Ramos Pla

Crónicas contra la ingravidez

♠ Geometría del Silencio

♦ La Huerta de los Ángeles

♥ El Extranjero Uterino

♣ EB-419GL

*Los dos mayores tiranos del mundo:
la casualidad y el tiempo.*

Johann Herder

Geometría del Silencio

Como decía Vladimir Romanov (poeta, fontanero, adicto al sexo e iconoclasta del Realismo sucio), cualquier idiota puede cambiar el rumbo de la historia, pero ningún idiota puede borrar su biografía. De mi padre, el hombre que se hizo y deshizo sin intermediarios civiles ni divinos, recuerdo los cumpleaños, cuando soplabas las velas pidiendo un deseo: que el viejo no llegara a viejo. Que se fuera a tomar por culo. Que la espichara. Que resucitará. No. Que se reencarnara en una cucaracha. Que me crecieran los pies. Que uno de los regalos fueran unas botas para mis nuevos pies. Que la cucaracha no se escondiera. Que se escondiera bajo mis pies. El indeseable, el pervertido, el mutante de las estrellas cosidas al corazón con hilo envenenado y alma de hojalata, el rufián del gatillo fácil y la mano ligera. Me culpó de algo que yo jamás podría haber evitado: nacer. Joder. NACER.

El día de mi alumbramiento el coronel debió pensar que mamá estaba sufriendo un súbito e incontrolable cuadro diarreico. Al enterarse de que el extraño cuerpo que salía de la entrepierna de su esposa era una cáscara humana —con más alma que huesos— sintió un dolor intenso en el ojo izquierdo. Fue como si un globo lleno de agua caliente explotara de repente en el interior de la cavidad orbital, cayó fulminado, con las manos enmascarando su rostro en el pasillo del paritorio. A pesar de los esfuerzos del equipo médico el coronel se quedó tuerto. Dejó de ver el lado izquierdo del mundo. En el vacío de la cuenca orbitaria halló la razón de todas las derrotas —al menos desde la óptica militar de joder vivo al adversario hasta verlo morir de incompreensión—. «Nada se pierde, todo se transforma» pensó calibrando su nuevo visor. Una ceguera parcial no iba a nublar en absoluto su visión de futuro, mucho menos la inesperada irrupción en su vida de un mocoso con alma de estiércol. Nada alteraría un ápice su sed destructiva. Su espíritu caníbal. Cuando el coronel del Ejército del Aire, Ernesto Sebastián La Torre, ascendía por la escalera silbando armónicamente maléficos presagios y cantilenas de barracón, escuchaba a mamá rezar con la fe de un cura que recién estrena celibato. Oraba con voz temblorosa y perdía en el vaivén de la duda parte de su naturaleza. La vieja odiaba la puntualidad del paliducho boliche que orbitaba cada noche alrededor de la ventana de su dormitorio. Su luz era la señal. El toque de queda. El coronel regresaba a casa puesto de coca hasta las cejas, alcoholizado y maloliente se desabrochaba la bragueta con la mano izquierda y, mientras apuraba el último trago de aguardiente, ideaba la estrategia más sangrienta, más precisa, para romperle el culo a la vieja. Era inhumano encontrarme a mamá destrozada cada mañana, pero con el paso de los años dejé de sentirme culpable por no hacer nada, por quedarme parado cuando chillaba.

Como los drogatas, me inventé otra realidad. Mamá era una actriz alemana a la que le ponía la ópera, el sexo duro y las drogas intravenosas. El coronel, por su parte, daba vida al áter ego de un prometedor cuentacuentos americano, llamado Quentin, al que había suplantado en una convención de fanáticos de las armas celebrada en Carolina del Norte durante las Navidades de 1968. El método iba bien. El equipo de producción era soberbio; los maquilladores, la hostia; el iluminador, un genio especializado en drogas, agujeros y tangas; y el supervisor de posproducción, un hacha montando en un mismo segundo oscuridad, humo y palidez. La ópera prima de la ausencia. Ese lapso indefinido donde el hombre se pierde en preguntas sin sentido y es incapaz de administrar un cuerpo que no le pertenece, todo cayó en un estado de perversión irrevocable.

A cinco días de cumplir los trece años decidí ponerle rostro al sonido del odio. Pese a que la rebeldía había huido de mí algunos años antes (puedo asegurarles que dormir en el interior de la lavadora industrial que mamá utilizaba para lavar los paracaídas y el material de escalada del coronel, es también un sistema eficiente para un lavado de cerebro y, con él, todo atisbo de insurrección), coloqué y orienté el visor de la cámara hacia la cama de mis padres. Limpié las huellas de la silla y salí de puntillas a pesar de estar solo, de saberme solo. Al día siguiente recogí la cámara. [...]

[...]A partir de entonces dejamos de ser quienes éramos. Mamá se enganchó a la heroína. Era su válvula de escape, un atajo para mitigar el dolor y el sufrimiento. La banalidad de la existencia. Dejó de ser una mamá bonita para convertirse en una muñeca hinchable. Yo debía rondar los catorce cuando me mudé a la casa del árbol. Fue la única petición que le hice al coronel, de rodillas y con letras mayúsculas. Aceptó la propuesta de instalarme en lo alto de aquel esplendoroso roble en medio del jardín. Sólo me puso una condición. No volver a pisar la casa. A partir de entonces me duchaba cada dos días en los vestuarios del instituto Josep María Subirachs, comía en un bar del paseo de Sant Joan llamado Perritos Chiflones (hacían los mejores bocadillos de ternera, queso y mayonesa casera de todo el Eixample), y lavaba la ropa en una tintorería cercana a La Pedrera. Me importaba un pito no volver a pisar la casa, únicamente echaba de menos a la vieja. En ocasiones la observaba con los prismáticos a través de un pequeño agujero que drenaba la melancolía del cielo los días de tormenta[...]

[...]—¡La puta de tu madre se ha ido! ¡Ponte algo! ¡Tenemos que ir a la comisaria!

La mañana del 5 de abril del año 2000 de Nuestro Señor gasté todas las lágrimas. Ya no podría llorar hasta cumplir los setenta y cinco o los cuarenta y dos o los noventa y ocho. Es una sensación, digamos, similar a esa mierda de conmoción que sobreviene cuando intentas volar en sueños —no piensen que estoy colgado como el pobre Lunares— y el peso de la realidad, que no de la gravedad, nos agarra de los huevos y escuece tanto que súbitamente despertamos y, efectivamente, volamos hacia el suelo. Caemos en picado. En la comisaria no escribí nada. No dije nada. El coronel, al parecer, tampoco vio nada fuera de lo normal esa noche. Según él, la muy puta había abandonado a su familia por algún amanerado *franchute*. Eso era todo lo que tenía que decir. Pero yo sabía que mamá jamás me dejaría en compañía, en manos, de un puto psicópata. Semanas antes de su desaparición pasé las noches en vela, abducido por una colonia extranjera de cigarrillos, apuntes, cervezas y cómics. Tenía que aprobar la selectividad. Como ese carraspeo mental que estrangula la insomne tregua de los necios, la universidad simbolizaba en mi trinchera existencial lo que la heroína significaba para la vieja. Una jodida salida. Por eso, esa noche sin estrellas, este famélico y noctívago confidente que les escribe pudo verla marchar. No se fue sola. Por extraño, chocante y ridículo que pueda sonar, a la vieja, a mamá, se la llevó un ángel —sabe Dios cuántas palabras e imágenes, cuántos silencios e invisibilidades, se necesitan para revelar la realidad—. Pude ver sus alas. Níveas, desarrolladas armoniosamente hasta la altura de las rodillas, angelicales. No se movían con destreza, ni lo elevaban con la misma solvencia con la que el viento ordena la dirección de una pluma. Pero eran alas. No cabe duda. Pensarán y creerán, a tenor de los acontecimientos relatados hasta ahora, que el pobre chaval que les escribe quedó traumatizado por una infancia escabrosa y que, en su estado de somnolencia y ensoñación, observó lo que sus ojos quisieron observar. [...] No puedo confirmar que aquel ser de talla media, con sandalias de cuero, pantalón desteñido, camisa blanca y alas perfectamente equilibradas, fuera uno de ellos. Una criatura pura, criada en el cielo y destinada (por la gracia de Dios) a proteger a la vieja. Llegados a este punto es esencial descubrir las cartas: las buenas, las malas y las escondidas bajo el codo, el sobaco y la manga. Es mi deber enseñar la evidencia empírica en las que se basa mi testimonio: un vídeo grabado con mi teléfono móvil. En las imágenes se aprecia, con transparente elocuencia, como un ángel se lleva a mi madre acunada entre sus brazos desde la puerta de la casa hasta desaparecer entre la niebla.

Tras regresar de la comisaría subí a mi caseta del árbol, amontoné un par de libros en vertical en el centro de mi palacio de madera y sobre ellos, a modo de altar, instalé el teléfono móvil con la imagen congelada del ángel que se había llevado a mamá. Imploré y recé hasta que la batería del aparato se agotó para que mi padre no regresara jamás. El coronel, al igual que mi madre, desapareció sin dejar rastro. Sus cuerpos nunca aparecieron. [...]

[...]Aquella semana de julio del año 2001, de Nuestro Señor, me enamoré de Roma. Descubrí que el tiempo era mucho más que un concepto atrapado en el interior de un reloj suizo, de una célula presumida o de una primavera de mal follaje. En compañía de los primogénitos del doctor Marco: Michelangelo, Donatello y Massimo —no se estrujó demasiado la cabeza a la hora de bautizarlos— conocí la maravillosa ciudad que un día dominó el mundo. [...]

[...] No quería aprovecharme en absoluto de la gratitud de la familia Meazza así que pateé Roma en busca de un ático con vistas a serenos desayunos y noches estrelladas al sereno, alejado del mundanal ruido, invisible, perdido en los mapas de gasolinera donde nadie compra. Sorteé la incertidumbre abriéndome paso entre calles y pilares ancestrales como la expedición de una hormiga. Con el cuerpo húmedo, mojado por una mezcla de sudor y nicotina, me detuve en la Fontana de Trevi. [...] «*Piso con vistas a la fuente del deseo. Cuatrocientos euros. Luz y agua incluida*». La oferta, elaborada con recortes de prensa en un *flyer* amarillento Din A-4, era la señal que buscaba. El teléfono, que estaba impregnado con helado de cacahuete a modo de sudoku, no daba señal así que me acerqué a la dirección. Alcé la vista. Una rubia semidesnuda —sus pezones eran como balizas, como esa clase de objetos señalizadores que suelen cegar a los hombres— se asomó a la terraza. A la solana del ático. Llamé a la puerta. La puerta me dijo: «Soy una puerta, no puedo contestarte, imbécil». Toqué el timbre. Jean Pierre se levantó empalmado del sofá y me dio la mano. Acto seguido la rubia y el Jedi se taparon el ánimo y tomamos café juntos sentados en un sofá que hedía a sexo, tabaco y miel en los labios. Después de firmar el contrato siguieron follando. Hice unas cuantas fotos a la casa. Sensuales, edulcoradas con azucarillos en forma de pezón. Pasé cuatro años de mi vida compartiendo piso con Jean Pierre. Un hedonista italiano con ascendencia y pasaporte francés. Estaba obsesionado con los típicos polos de Ralph Lauren, la música de Detroit y las sesiones interminables de PlayStation. Era

muy bromista, pero era difícil pillarle la gracia a alguien que nunca mira a los ojos: jamás se desprendía de sus gafas de sol. Alegaba que padecía una patología hereditaria que le impedía mantener sus ojos al descubierto, pero todo el mundo sabía que escondía sus ojos distantes de matrimonio mal avenido. Tenía un ojo en Massachusetts y el otro en San Borondón. Su Santísima Trinidad consistía en conducir a toda pastilla, consumir pastillas y hacer el amor hasta llorar de alegría. Por otro lado, éste era el lema de la mayoría de estudiantes extranjeros que elegían Roma para voltearla. Para darle la vuelta y desembuchar el amor. [...]

La Huerta de los Ángeles

Mi nombre es Neil Barrett. Insomne, fumador disciplinado, alcohólico de corazón, tímido como un resorte y mujeriego como una mujer enamorada de su propio sexo. Agnóstico hasta que Dios crea conveniente, exprofesor de latín y exaficionado a las peleas de perros. Pensarán que soy un ciudadano medio, más bien regular tirando a malo por aquello de mancillar el honor vaginal de alguna hermana, hija, esposa o faldera ilustre de la sociedad catalana, y por enseñar lenguas muertas a jóvenes cuyo impar y simétrico órgano bucal muere de ganas de flotar entre la saliva y la lengua de una muchacha de buen corazón, y asistir así al salvaje espectáculo de los dientes que nunca fueron cepillados. Pero las primeras apariencias, y en este obtuso retrato son simplemente ligeras aproximaciones textuales, suelen estar condenadas al simplismo, al refranero popular o a una noticia breve, casi inexistente, de un temprano cuchicheo entre dos vecinas que no tienen nada interesante que contarse. A todos nos ha pasado alguna vez, por eso, en muchas ocasiones, pedimos prestadas palabras de otros para matar el silencio como esta sentencia que a continuación expongo a contraluz. Dicen que bastan dos cosas para conocer a un hombre. La primera de ellas se basa, fundamentalmente, en la geometría de los sueños, que no es otra cosa que la medida exacta entre lo que el hombre es y lo que sueña ser. Dicho de otro modo, mirar a vista de águila el pie del que cojean el hombre y el sueño. Luego está el «*dime con quién andas y te diré quién eres*», que a pesar de los años afincado en bocas distintas y repartido entre naciones que mastican ilusiones y escupen decepciones, expone con cierto rigor científico —pues entre sus métodos de trabajo se encuentran la observación, el análisis y la experimentación— la importancia capital de aquellos personajes que nos rodean en la vida, ya sea ésta vivida o meramente soñada.

Rodeados o no, los amigos pueden alumbrarte el camino y dejarte migas tan reconocibles como sus gestos, defectos y manías; apoyarte, consolarte y prestarte —no sin antes recordarte las cinco reglas de la monarquía absoluta de su hogar— el ático para un lío de sábado noche. Pero los amigos también pueden hacerte sombra, recortarla, atarla a una farola o fabricarte una proyección menos distraída e irregular; incluso sustituir tu sombra por un holograma de texturas extraídas de los falsos halagos

e intereses amontonados en cajas etiquetadas por iniciales y colores, colocadas en el trastero de la hipocresía social con la ayuda de la escalera del vecino, esa clase de vecino que detestamos hasta que necesitamos de él una escalera para llegar a donde no llegamos. Y en esta historia, donde los ángeles se hacen visibles a los hombres y los hombres olvidan su condición de animal domesticado, podemos caer en la tentación de no hacer nada por cambiar nuestro destino y quedarnos a la espera de que un ángel nos enseñe a volar como es debido, o en el peor de los vuelos, a caer con dignidad en la tierra prometida. [...]

[...]Todos estos recuerdos configuran el álbum de instantes registrados en mi memoria fotográfica. Una cosa es recordar todas las imágenes por orden cronológico, y otra muy distinta pronunciar las palabras asociadas a las mismas como si hubieran salido de su escondrijo con otro cuerpo y con otra razón para surgir. Empezaba una nueva etapa. A priori, tan oscura como la Edad Media: la inolvidable adolescencia. Si hay algo que les encanta a los mayores, por eso de que alguna vez la quisieron vivir a tope y la mayoría se quedó con el tope de la hebilla del cinto esculpida en el pompis, es hablar del disloque hormonal, de la rebeldía subyacente a este periodo de cambio, caídas e innumerables etcéteras de aludes numerados por grado de vergüenza, como si se refirieran a algo insustancial que ya no corre por sus venas, que ya no garabatea tonterías en sus agendas, que ya no forma parte de sus manías, prejuicios y desmanes. Que ya no queda nada por ningún lado de aquello de lo que adolecían. Por lo que a mí respecta, me lo pasé en grande intentando domar a la fiera. La adolescencia es dura, pero dura lo justo para saber que las caídas no te hacen más fuerte, pero tampoco más gilipollas.

[...]La cuadrilla se partió por la mitad. Xavier y yo nos matriculamos en Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona. No éramos tal para cual pero nos las apañábamos. Él era tímido y yo hablaba por los codos. Él era ordenado y yo el caos personificado. Él creía en Dios y yo no creía en nada. Pero el sexo femenino, la marihuana, los apuntes y la tortilla española crearon un espacio inteligible en el que nos entendíamos mejor renunciando, claro está, a los clichés del pasado y a las contradicciones patógenas que nos diferenciaban. Compaginamos los estudios y las salidas nocturnas, nos pasábamos la noche de bar en bar y la alborada durmiendo como angelitos en nuestra recién estrenada buhardilla, una torre superior en un edificio gótico

catalán del siglo XIX situado en el Portal del Ángel, que alquilamos a medias con unas francesas que trabajaban en el consulado de su país como secretarias interinas. En un principio habíamos aceptado la propuesta de un arquitecto belga que nos pagaba un veinticinco por ciento más que las galas, pero Anne-Marie y Anne-Claire, las gemelas más hermosas que habíamos conocido, no tenían rival. Devolvimos la fianza al arquitecto y firmamos con las dos mujeres fatales un contrato de arrendamiento, de este modo se quedarían con la parte izquierda del altillo que incluía: una litera con dos camas, un baúl roñoso donde Xavier enterraba sus calzoncillos alérgicos al agua, un escritorio recogido en la plaza de George Orwell, una lamparita con forma de zanahoria, una radio estropeada y un lapicero vacío de hojalata. También había un florero que, debido a la raya de tiza trazada en el suelo para dividir la estancia, les pertenecía a las gemelas por contrato.

Al día siguiente descubrimos que eran amantes, a la semana, que no eran francesas sino eslovacas y sus pasaportes tan falsos como sus pestañas. Al mes nos despertaron en medio de la noche, nos sentaron en las sillas y ataron nuestras manos con sus sujetadores, una lencería francesa tan transparente como inolvidable. Se desnudaron y empezaron a rozarnos con todo su patriotismo intacto, susurrando el himno de su patria con una fusta que hacía unas cosquillas impresionantes. Colocaron nuestros falos en sus bocas pirenaicas, las lamieron y las mordieron a su antojo y luego nos drogaron, nos robaron y desaparecieron. A decir verdad no les guardamos rencor. Aquel día descubrimos que la libertad bien puede disfrutarse sentado en una silla atado, hediendo a sexo femenino de una latitud desconocida. Eso sí, nos disgustó muchísimo su premeditado gusto por la carne y el pescado. Supongo que lo tenían todo bajo control. Eran liberales, un término que aún no había eclosionado en los garitos castellanos. [...]

[...]Había dinero, demasiada pasta apilada en bandejas con diamantes de Amberes y de sangre, de esos que los amantes llaman polvo estelar, ya saben, un no parar, follar y follar hasta reventar la pelvis, los huevos y el universo, y estaban repartidas por doquier. Había una o dos mesas de apuestas, tres o cuatro botiquines, cinco o seis extintores, siete u ocho soplonos y un marcador. Puede que al revés. Quizá ni existieran. También había un mexicano de metro y medio, gordo como un pedo reservado para asfixiar a la suegra, con cara de rata y voz tenebrosa, como de chupasangre. Por sus palabras, leales expresiones del alma, advertí que era el padre original de todos los poetas infrarrealistas: ¡Pendejos! ¡Chupapenes! ¡Chilango huevón!

¡Pinche wey! ¡Pinche cabrón! ¡Pinches culeros! ¡Pinche virulea! ¡Chinga tu madre...! Atónito, silente, en estado de shock, vi llegar entre aplausos estentóreos al primer luchador.

—Fue entrenado en la estepa de Oghuz. Pesa cien kilos, de papaíto pakistaní y mamá siberiana. Lleva los dientes bien afilados, un regalito de reyes que le hicieron sus antiguos propietarios para ser más que letal en el corral. La semana pasada le arrancó la cabeza a un dóberman. No suele comerse a sus víctimas, pero aquel día el angelito tenía un hambre de mil demonios. No dejó nada del bávaro, salvo su cuerpo mutilado. Es un diablo aleccionado para la guerra, un Kangal turco —exclamó Parcial, oculto tras una leónica máscara de carnavales tan ridícula como su morrocotudo bigote de amapola que, a todas estas, sólo yo conocía por un descuido acaecido minutos antes en los vestuarios privados... Y es que vi al susodicho sustituir su capirote blanco por la máscara del rey León.

—¿Organizáis peleas de perros, si a eso se le puede llamar perro, en el sótano de un puticlub?

—Llevar la máscara de un burro, no implica comportarse como un burro. Te equivocas en dos cosas. No vas a asistir a una burda pelea de perros errabundos, aquí no hay rabo entre las patas ni Yorkshires con lazo, chubasquero y minifalda; esto es otra historia. Y lo de ahí arriba, no es un burdel, ni un puticlub, ni una casa encantada; sino el cielo, un templo reservado a los ángeles. Llama a las cosas por su nombre o tendrás problemas aquí abajo —advirtió Jacinto.

—¿Qué es ese sonido, esa risa sibilina?

—No tiene nombre. [...]



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en

www.editorialfoc.me